

agilidad emocional, vida, aliento interior. Y la revolución es de tal modo amable y justa en los cuadros de Tina Modotti, que recordamos hasta los pequeños detalles de la revolución: el soldado que tenía la garganta como zapato

agujereado; y aquel otro, héroe romántico y silencioso del bajío, que «al pié de una resquebrajada enorme y suntuosa como pórtico de viaje catedral, con los ojos fijos para siempre, seguía apuntando con el cañón de su fusil».

*Baltasar Dromundo*

México, D. F. 1930.

## Poemas

### Sueño

(Envío del autor.)

Anduve por el otero  
toda la tarde  
y vine con un trébol de cuatro hojas,  
madre.

Para soñar sueños lindos  
lo puse bajo la almohada sin que nadie  
supiera. En el sueño fué  
la almohada un regazo suave.  
Y vieras qué cosas lindas,  
madre!

Te encontré por los celestes  
caminos de un sueño amable:  
no eran tan tristes tus ojos  
ni eran tan lacias tus carnes;  
tenías la edad del alba...  
eras todo en el paisaje!  
Ibas hacia donde las rosas son azules;

te nombraban con un trino de ave.  
Caían soles  
y nunca fué en tu corazón la tarde.  
Era un agua de vida  
el tiempo sobre el raso de tu carne.  
Te caía una estrella a cada paso.  
Como tú, nadie...

Para ti,  
madre,  
yo llevaba una lágrima  
tan pura que parecía un diamante.  
Ibas a recogerla...

Pero vino tu beso a despertarme  
y sentí el fresco de tus rosas húmedas  
y te amé como nunca y como nadie!

### Vejez

Yo haría para ella  
retroceder hacia los años mozos  
todo lo que pudiera  
decirla:

*Es tarde. Hay frío.*

*Llega...*

(No, no la digan quién llega!)

*Estamos lejos... Alta,  
más alta está la estrella  
de los sueños. Hay árboles,  
con ramas secas...*

Lo haría, ¿pero cómo?

Padre, tú que me piensas  
niño—tu niño!—

y sobre las rodillas en tus sueños me sientas,  
mírala bien los ojos  
y, mimoso, interrógale con una voz más nueva:  
—Mujer, dime, ¿dormía  
sobre tu corazón la primavera?

### Ausencia

Bien que siento la seda negra de tu mirada  
rielar por sobre el agua triste de mi ternura.  
Tu mirada en la ausencia me parece más pura  
al diluirse en el ánfora de mi frente extasiada.  
Tu imagen: una lámpara encendida en mi mesa  
Tu recuerdo: un cilicio para el mal  
pensamiento.  
Baja la bendición en tu palabra y siento  
las alas de tus manos tibias en mi cabeza.

*Gaspar L. Benavento*

Argentina, 1930.

## Han muerto

(Envío del traductor)

Esto no es un poema,  
esto es dos hombres con vestidos grises de prisión.  
El uno, sentado, mira la carne enferma de sus manos,  
manos que no han trabajado desde hace siete años.  
¿Sabe Ud. cuán largo es un año?  
¿Sabe Ud. cuántas horas tiene un día,  
cuando se pasan veintitrés en el camastro de una celda  
que forma parte de una fila, en un montón de filas de celdas,  
todas vacías con la ahogada vaciedad de los sueños?

¿Supone Ud. los sueños de los presidiarios?  
Sacco se sienta, mirando la carne enferma de sus manos,  
manos que no han trabajado en siete años;  
se imagina cultivando su huerto a la luz del atardecer,  
recuerda el breve sonido metálico del azadón,  
recuerda la silueta de la espalda de su esposa,  
los rizos desordenados en la cabeza de los niños.  
Sueños, infinita tortura de los hombres presos,  
son recuerdos doloridos y ulcerados por tanto cavilar.

Vanzetti escribe una y otra noche de cinco a nueve,  
revuelve torpemente, como perdido, las palabras extrahjeras,  
construye barricadas de papel con escritos de abogados,  
declaraciones, hábeas corpus, confesiones,  
palabras muertas de una lengua extraña  
tomadas de la boca de autómatas vestidos de negro.

Ya están muertos,  
los autómatas negros han vencido.  
Su carne horriblemente quemada  
se confunde con el aire de Massachusetts,  
sus sueños son llevados por el viento.

«Ya están muertos» el Secretario avisa, codeando al Gobernador;  
«Ya están muertos» el Juez de primera instancia comunica quedamente al Juez de la Corte Suprema;

«Ya están muertos» un Presidente de Universidad repite  
a otro Presidente de Universidad.  
Y una risa ahogada sale de los muertos;  
pero de los muertos de cuello blanco; de los muertos de sombrero de pelo; de los muertos en traje de ceremonia;  
entran a los automóviles, salen de los automóviles,  
respiran a sus anchas al caminar,  
aliviados, por las calles de Boston,  
Estos dos hombres no tuvieron miedo de oler a podrido  
en el aire de Massachusetts;  
su hálito aligera el viento,  
su fuego ha quemado el olor a rancio  
en el aire de Boston.

Diez mil ciudades respiraron su aliento  
y se levantaron de los bancos de trabajo, dejaron caer las  
herramientas,  
tiraron lejos del surco los arados  
y gritaron en el viento airado que venía de Massachusetts;  
en esa enorme garganta de grito ronco, se oye el rumor de  
millones de seres que marchan hombro con hombro,  
y el rugido de un canto repetido en miles de idiomas.

El carcelero los ató a la silla eléctrica,  
el verdugo puso el switch  
y los envió libres al viento;  
ya no sueñan, ahora,  
ya están libres de la asquerosa carroña de la prisión;  
sus voces resuenan, devueltas en miles de lenguas, cantando  
una canción  
que revienta los oídos de Massachusetts.

Haga de esto un poema, si se atreve.

*John Dos Pasos*

(Lo tradujo G. G. G.)